

GALICIA,

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

SEMANA SANTA

DE 1863 EN LA CORUÑA.

I.

Se han celebrado en esta ciudad las funciones religiosas de Semana Santa que recuerdan los más altos misterios de nuestra redencion, con aquella uncion, ternura y respeto que tan bien sientan á los pueblos cultos.

La funcion de los *Dolores* de la Santísima Virgen despues de su piadoso y concurrido novenario en la parroquial iglesia de S. Nicolás de Bari, donde está situada su cofradía, ya se celebró el viérnes ante Ramos con todo lucimiento, predicando el sermón Fr. Eustasio José Noriega, del orden de Predicadores, y la procesion se verificó á la tarde portando el guion el Sr. Administrador de Rentas. Fué muy acompañada de congregantes y señores invitados que todos con cirios encendidos obsequiaron á la soberana Señora, cuya sagrada imágen cubria una costosisima vestidura de terciopelo negro con gran bordado de oro así la túnica como el manto, ciñendo su santa cabeza y cuello una aureola de mucho valor que además imprime suave gracia á la figura por el gusto con que fué colocada.

Abria la marcha de la procesion una avanzada de caballería, Cazadores de Galicia, é iba escoltada por fuerzas de Artillería y Caballería. Una comision del Excmo. Ayuntamiento presidía civilmente el acto religioso. Las bandas militares de música de Aragon y Artillería poblaban el aire de armonías patéticas y la música de capilla de la parroquial de S. Nicolás alternaba con sus cánticos en el curso de la procesion y señaladamente en las paradas ó altos que hacia la misma, oyéndose entónces los escogidos motetes que la música religiosa guarda para los dias de más tierra sublimidad y sentimental veneracion que cuenta

la Iglesia. Una madre que llora junto al lecho de su hijo en la agonía, siempre es digna de la comisionacion del hombre; pero si es una madre que en medio de las más horribles angustias y desmayos presencia desde el pié del mismo patíbulo la muerte de su hijo inocente, clavado entre ladrones en el suplicio más afrentoso y aún le vé injuriado por los verdugos y por el inmenso pueblo, cuya redencion y enseñanza es la causa de aquella muerte, el dolor del que considera sube de punto, el sensible corazon se derrite en lágrimas y todo pecho cristiano acompañará siempre á la Madre de los Dolores en dia tal con el alma herida por honda y oculta pena, cubierto de luto el afligido corazon.

II.

El *domingo de Ramos* bendijéronse los laureles, olivos y palmas en las principales iglesias entre las que es señalado el culto de la de Santa María, ó sea el de la insigne colegiata, que es en esto, así como en su arquitectura, una catedral en pequeño: solemnidad cuyo tinte de tristeza no puede ménos de envolver pronto aquel astro naciente de alegría y aclamacion popular, cual una negra nube que en una temprana aurora de invierno viene á cubrir el sol que precedido del alba tan limpio y bello apareciera en un principio, y á inundar luego la tierra de lluvias y tempestades.

Hosanna! Benedictus! hoy; Crucifige! Crucifige eum! á los pocos dias. ¿Quién así ha cambiado la opinion pública? La intriga. ¡Cuánta filosofia no encierra este solo hecho! El Evangelio no es en las ideas sólo, sinó en las reflexiones que de los hechos que narra se desprenden, toda la luz del mundo. No la habrá mayor hasta la consumacion de los siglos.

La tarde del *domingo de Ramos*, despues del sermón del *Ecce Homo* predicado en la Tercera Orden por el presbítero D. José María Tassa, salió de aquella iglesia la procesion con las imágenes de Jesus Naza-

Tomo III.—8.

reno y la Virgen de la Soledad precedidas del Santísimo Cristo que un señor sacerdote revestido de alba, conducía acompañado de hermanos congregantes alumbrando. La imagen de Jesús era llevada en hombros de enlutados, con sus talares túnicas negras, guante blanco y finas corbatas también blancas. La Santísima Virgen iba en hombros de señores sacerdotes. Estrenóse en la imagen de Jesús una rica túnica de morado terciopelo que la piedad del pueblo coruñés ha costado en la presente ocasión, lo mismo que la cubierta de terciopelo negro del ande de esta imagen.

Además de los fieles é individuos de la Orden que con cirios encendidos iban en la procesion, empezaban ésta del mismo modo los niños hospicianos con ropones negros y blancos roquetes, á la manera con que suelen acompañar en los entierros de luto. Alzaba la Venerable Orden su cruz envuelta en un hermoso paño morado yendo á sus lados y con ciriales los acólitos. Las bandas de música del hospicio y Artillería tocaban sus fúnebres marchas y la música de capilla de S. Nicolás entonaba aquellas canciones tristísimas que predisponen más y más los corazones al sentimiento que excitaba la devota procesion.

Presidia la solemnidad el párroco de Santa María Sr. D. José María Camba, como delegado del Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo para presidir en esta semana santa las funciones de la Tercera Orden. Escoltaba la procesion una fuerza de Artillería, recorriendo como de costumbre sólo las calles de la antigua ciudad. Apesar del frío de la tarde siguió con todo el orden y magestad que era de esperar de la Orden religiosa que tanto viene distinguiéndose así en el culto del templo, que todavía aumentó desde que se estableció allí la escuela del Sagrado Corazon de Jesús, como en este religioso acto en que jamás hemos visto acompañando tantos hermanos de la Orden, ni tampoco tanta veneracion, magestad y decoro.

A la vista de esa solemnidad se grababa más hondamente en el ánimo el recuerdo de un magistrado débil, norma de magistrados miserables que por temor á la pérdida del destino sacrifican de tal modo la santa inocencia. Azótala convencido de que no hay causa y sólo para calmar á la multitud; y cuando no se conmueve ni apiada ante el sangriento espectáculo de las azotes, pronuncia la sentencia de muerte del más justo de los justos. Leccion á los magistrados! Leccion á los perseguidos! Leccion á los pueblos! Ella fortalece á los jueces, derrama el bálsamo de la resignacion en las víctimas y rasga la venda de obcecacion en las turbas. La sangre del

justo ha caído sobre aquel pueblo y sobre sus descendientes como brutalmente lo pedia.

III.

El *Miércoles Santo* hubo las tinieblas en todas las iglesias principales, señalándose en Santa Bárbara por los tiernísimos y sublimes cánticos de aquellas señoras religiosas en las Lamentaciones y en el Benedictus, Antífona y Miserere con que terminan.

«Jerusalen, Jerusalen, conviértete á tu Dios y Señor.» Al oír este ay! lastimero de la iglesia, y tan repetido, nos pareció que la afligida madre, más bien que á la deícida ciudad, se dirigía á todos los pueblos de la tierra. Jerusalen es el ejemplo, la voz de sus profetas la amenaza, la destruccion de aquella ciudad el castigo. Cata la tarde, sepultábase el sol, arreciaba el viento, batíanse los cristales de aquel templo gótico y humilde, la voz de las vírgenes del Señor no pudo traspasar las montañas ni los mares: tendiéronse las tinieblas por la haz de la tierra; despues, no hubo más que desolacion y ruinas en todo el universo. *Hierusalem, Hierusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!*

IV.

El *Jués Santo* celebráronse los divinos oficios con la mayor ostentacion posible, muy particularmente en Santa María, S. Nicolás, Santiago, Santa Bárbara, S. Jorge y Orden tercera, distinguiéndose mucho las dos iglesias últimas. En la de Santiago asistió la Capitania general, en Santa Bárbara el Real Acuerdo, en San Jorge el Excmo. Ayuntamiento, presidido por el Excmo. Sr. Gobernador civil y en la Tercera Orden esta corporacion. En ambas hubo música de capilla y en la última iglesia nos tocó presenciar la edificante comunión general de los hermanos de la Orden quedando estos velando despues el Santo SAGRARIO de dos en dos, relevándose de media en media hora, hasta la última de la mañana siguiente, ante aquel monumento que vimos ampliado y con mayor iluminacion y ornamento que nunca.

Dándose el Señor en alimento á aquellas afortunadas personas ¿no presenciábamos realmente allí la celestial mesa del Cenáculo despues del transcurso de más de diez y ocho siglos? ¡Qué sublime espectáculo! ¡Jesucristo descendiendo corporalmente, en el mismo aniversario de la institucion del Sacramento Santísimo, á unirse con sus hijos para morar en ellos y ellos en el pecho del Señor! ¿Por qué nosotros, por qué toda la iglesia católica no volaba á participar de aquella celeste ventura en tan señalado día? Sólo un consue-

lo, pero una distincion todavia grande nos quedaba: poder aproximarnos á la Divinidad patente en el Sagrario, hablar personalmente con el mismo Jesus que se entregó en manos de pecadores tal noche como ésta para nuestro rescate, quedando al propio tiempo entre nosotros hasta la consumacion de los siglos.

Desde inmediatamente despues de mediodia veíase cruzar las calles los jefes superiores, seguidos de los funcionarios subalternos visitando los Santos Sagrarios, lo mismo que las fuerzas del ejército por compañías; los acogidos de ambos sexos á los establecimientos de beneficencia, seguidos de señoras de la Asociacion de la misma y de hermanas de la Caridad; y, en fin, personas de todas las clases, categorías, sexos y edades de la ciudad, arrabales y cercanías de la Coruña que llegaron á aumentar en tal número que era sumamente penoso y difícil penetrar en los templos á ciertas horas avanzadas de la tarde, lo propio que de noche que es cuando más el señorío frecuenta aquí las iglesias en esta tiernísima devoción que el cielo parece que se complacia en observar en medio de una noche tranquila y serena de sua ve luna.

Los monumentos se habian aderazado con las más exquisitas galas de los jardines y en iluminacion, fanales, candelabros, flores de mano y jarrones de porcelana y oro que un perfecto gusto habia acumulado con esmero ante los Santos Sagrarios, se procuró suplir hasta en la ermita de ménos recursos, la falta de mayores bellezas arquitectónicas distinguiéndose en esto S. Nicolás y S. Jorge y en seguida Santa Maria, Santiago, Tercera Orden, Santa Bárbara, Capuchinas, S. Andrés, Santo Domingo, S. Roque, Santa Lucia y Atocha, que no era seguramente la que ménos podia llamar la atencion. Al pié de los monumentos se recibían las ofrendas con destino al culto y á la entrada de las iglesias principales se veían las señoras de la Asociacion de Beneficencia con los niños hospicianos á su lado como las imágenes de la Caridad, admitiendo las limosnas que á ésta debían consagrarse en los establecimientos de los pobres: cuadro tierno y consolador el uno y el otro en que se cifran todos los preceptos de la ley cristiana. *Amor de Dios, Amor del prójimo*: la felicidad del mundo; trasunto de la bienaventuranza.

Predicóse á las tres de la tarde el sermón del Mandato por el canónigo magistral Sr. D. Manuel Ojea, en Santa Maria; pero hemos tenido el sentimiento de saber que se habia abolido, empezando por el presente año, el que al mismo asunto y ante el Real Acuerdo se acostumbraba pronunciar á las cuatro de la tarde de este dia en la iglesia parroquial de

Santiago que daba ciertamente mucho realce á la Exema. corporacion y á aquel gótico templo. Hubo en cambio sermón de Mandato en aquella hora en San Nicolás, predicado por su párroco Sr. D. Antonio Rodriguez Maceira.

¡El Rey de la gloria, la misma Santidad lavando los pies á unos hombres de la plebe que van á abandonarle todos en el peligro siendo amigos y discípulos suyos, que aquel que á más alta dignidad habia encumbrado va á negarle tres veces y otro es el traidor que va luego á entregarle en manos de sus enemigos...y sin embargo, humillado el Señor, á todos lava los piés, así como á todos habia dado su cuerpo y su sangre en sustento, se quedaba para siempre en medio de todos, así como por todos iba á sufrir la muerte en el suplicio afrentoso de la cruz! «Ejemplo os he dado para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais» «Un nuevo mandato os doy: Que os ameís los unos á los otros, así como yo os he amado.» De ese modo fué decapitado por el Señor el egoismo que desde la aparicion del hombre en la tierra cubrió de luto y lágrimas á la sociedad. Sus miembros palpitan todavia. Los pueblos no llegarán á la perfeccion hasta que el egoismo fuere yerto cadáver.

Cantáronse las tinieblas como en el dia anterior y en la iglesia de Santiago y hora de ocho de la noche se predicó el sermón de Pasion por el jóven presbítero D. Santiago Guerrero y Vazquez. La concurrencia no cabia en el templo, y sin embargo todos los demás se veían muy visitados en la misma hora y sucesivas, con el mayor orden y compostura segun va mencionando.

V.

El *Viérnes Santo* muy de mañana, puede decirse aún de noche, la poblacion de extramuros y hasta de lejanas aldeas y al sonido de la trompeta que llamaba al *Encuentro* acudió presurosa, uniéndosele muy pronto la de intramuros. Verificóse la dolorosa representacion entre cinco y media y seis y cuarto de la mañana, poco más, en la plaza de la Constitucion, predicando Fr. Eustasio José Noriega. El sitio, aunque espacioso, no pudo contener el inmenso gentío que rebosaba por todas las avenidas, viéndose invadidos además los balcones y ventanas de los edificios y aún las cornisas de la torre de la iglesia de Santiago.

El Señor, cárdeno por el martirio y las afrentas cual morado lirio que azota la tempestad; taladrada su cabeza por las espinas; horriblemente desfigurado por la sangre y el sudor de la muerte, penosamente

camina con el madero de la cruz sobre sus hombros hacia el lugar del suplicio. Con Jesús, la Suma Inocencia, son conducidos también dos facinerosos para ser ajusticiados. Una grande multitud de pueblo sigue á los reos, soldados y verdugos. El Redentor cae con la cruz en tierra. Empréndese de nuevo la sangrienta marcha. La Virgen Santísima y el discípulo amado salen al encuentro del Salvador. Cuadro terrible, cuadro inexplicable. No hay palabras. La mente sola podrá algún tanto concebirle. Los mismos Evangelistas no le han fiado á la pluma.

Empréndese otra vez la marcha; pero el Señor parece ya próximo á dar el último aliento. Ordénase que un hombre le ayude á llevar la cruz; y vuelve á caminar el Nazareno; pero la fatiga es tan grande que el sudor frío de la muerte inunda su rostro y cierra sus párpados desmayados. Una muger compasiva penetra por entre los sayones y sin temor á la lanza ni á la espada, limpia aquel rostro cadavérico. Llega el Señor á la puerta Judiciaria y cae nuevamente en tierra. Acosado de los sayones por el áspero camino que sube hasta la raíz del Calvario, tan doloroso espectáculo hace prorumpir á las sensibles mugeres en lágrimas de compasión. «Hijas de Jerusalén, no lloreis por mí sino por vosotras y por vuestros hijos.» Ah! La sangre del justo iba á caer como efectivamente cayó sobre aquel pueblo y caerá siempre sobre las naciones prevaricadoras. Cae por última vez el Señor al pié del Calvario; pero, cerca ya del lugar de la ejecución, vuelve á caminar hasta el sitio donde le desnudan. Todavía camina el Señor hasta el punto en que, la cruz en el suelo, tiéndenle sobre ella y le crucifican, y del cual es conducido hasta la peña del Gólgota donde alzado en alto fijan la cruz, lo mismo que en ambos lados las otras dos en que pendían los dos ladrones. Vése junto á la cruz del Redentor, entre soldados y verdugos, la Santísima Virgen, el discípulo amado, María madre de éste, María madre de Santiago el menor y María Magdalena. Presencian esa muerte los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos enemigos declarados de Jesús, el inmenso pueblo que instigado y cruel había pedido su muerte, ó la duda, la curiosidad y vehemente deseo de emociones impele á ver la ejecución; entre cuya multitud mirando lejos afligidas muchas mugeres que desde Galilea habían subido á Jerusalén en compañía del Redentor: se hallan también allí los conocidos que en secreto le amaban.

Tan doloroso espectáculo compareció á nuestros ojos á la voz del orador sagrado, á la vista de las imágenes, de los soldados, de tantos miles de personas que al bronco sonido de la trompeta y tambores se

movían y después del encuentro parecía que marchaban al Calvario.

En la misma hora predicábase el sermón de Pasión en Santa María por el agustino Fr. Francisco Perez Olmos y en Santa Bárbara por el franciscano Fr. José Rivera.

La procesion del Encuentro siguió luego, abatidos pendones, su marcha funeral por las principales calles llevando, como es aquí de costumbre, las andas, ménos la de la Virgen que va en hombros de sacerdotes, apreciables y finos jóvenes de este pueblo que con sus túnicas y capuces negros hacen gustosos este servicio. Los congregantes de Dolores y Divino Espiritu Santo que promueven esta función, iban con otros fieles alumbrando. Presidíala el Sr. canónigo doctoral de Santa María acompañado de los párrocos de Santiago y San Nicolás. La banda de música de Aragon seguía con la escolta del mismo cuerpo, armas á la funerala, y la música de capilla de la parroquia entonaba sus cánticos ante la Virgen que las brisas de una mañana bonancible de Abril conducían al cielo.

Celebrados los divinos oficios con la suntuosidad del día anterior en las mismas iglesias y con asistencia segun va dicho de las propias autoridades y corporaciones; en la de Santo Domingo desde las doce á las tres de la tarde pronuncióse por Fr. Eustasio José Noriega el sermón de las Siete Palabras ó de la *Agonía* del Redentor, intermediadas por música de capilla: lo que semejaron los hospicianos en su oratorio públicamente, en aquellas mismas horas, con la lectura de meditaciones y cántico.

Cúbrese de tinieblas toda la tierra durante la agonía de las tres horas. El Señor aún pendiente de la cruz era insultado con improperios y burlas de los Príncipes de los Sacerdotes, de los Escribas y Ancianos, de las gentes que por allí pasaban, del pueblo, de los guardas y hasta de uno de los ajusticiados ladrones. El Señor apenas habla durante aquella prolongada agonía: es el inocente cordero sacrificado en el ara. Sin embargo, con desmayada voz se le oye pedir perdón á su Eterno Padre para sus enemigos y los disculpa. Encomienda á su Madre el discípulo amado y en él á toda la infeliz humanidad. Perdona, aún en su última hora al pecador arrepentido. Padece horriblemente... El hijo de Dios se vé desamparado hasta de su Eterno Padre. La sed de la muerte abraza sus labios. Las sagradas escrituras se han cumplido, el sacrificio se ha consumado, y clamando con una gran voz: «Padre en tus manos encomiendo mi espíritu» inclina la cabeza y espira.

El velo del templo se rasga de arriba abajo en dos

partes, la tierra tiembla, las piedras se parten y se abren los sepulcros. Aquella gran voz y el trastorno de la naturaleza hacen que el Centurion y los que guardaban á Jesus confiesen que «Verdaderamente era hijo de Dios» y que todo el pueblo se vuelva á Jerusalem golpeando el pecho.

He ahí lo que hemos creído oír y ver con los sentidos del alma durante el sermón de la Agonía.

VI.

A las cuatro y media de la tarde salía de la Tercera Orden la procesion del *Santo Entierro*: procesion devotísima que representa la conduccion del sagrado cadáver de Jesus despues que desclavado y descendido del patíbulo, fué embalsamado por mano de dos piadosos varones. Parece que la devoción de la Coruña habia recogido todas sus fuerzas para demostrarse en esta solemnisima y severa procesion, como el último obsequio que se rinde á las personas más amadas y augustas y de quienes se ha recibido todo lo que somos, se tiene todo lo que poseemos y es su cariñosa memoria la más halagüeña esperanza de nuestro porvenir: tiernísima conmemoracion del paso del Calvario al Sepulcro del Mártir de los mártires, del Rey de reyes, del Libertador de libertadores.

Por entre la multitud abrian la marcha cazadores á caballo. La banda de música de niños hospicianos les seguía y en pos de ellos los estandartes de luto de las hermandades. La de la Misericordia con su negro pendón, blancas corbatas y colas negras arrastrando, venia luego y tras ella la cruz del Calvario, con su sábana preciosísima y borlones de oro portada por un señor sacerdote, el párroco de Oza, revestido de rica alba acompañado de dos individuos de la referida Misericordia, siguiéndole de dos en dos una porcion de ángeles vestidos con el mayor gusto y sencillez con sus blanquísimas túnicas orladas y ceñidas de terciopelo negro, bandas de lo mismo cruzando el pecho como pequeños sacerdotes y sobre sus un tanto larguitos y rizados cabellos, coronas de blancas rosas símbolo de la inocencia de la paloma del Calvario, imágen tambien de la pureza del alma de aquellas hermosas criaturas que con los atributos de la pasion sobre un asta que terciada al brazo ostentaban ondeando cresponcillos negros, mostraban á la multitud que tierna y apaciblemente detenía sus ojos en aquel cuadro de gracia y candor virginal.

Apareció en seguida entre cuatro ciriales la nueva y preciosa urna resplandeciente de plata y oro en su totalidad con la imágen del sagrado cuerpo del Redentor, envuelto en delicado y transparente sudario, cuya urna se elevaba sobre un negro túmulo, roda-

do ocultamente, y cubierto con negros paños y franja de plata, con la dorada estatua de la fe en la parte anterior de la plataforma, así como las de los ángeles adoradores del misterio de la Cruz y atributos de la pasion que á la parte posterior de la misma se observaban, terminando aquella elegante y artística urna las cuatro palmas del Mártir que alzan al cielo como holocausto la corona de espinas del Redentor del mundo. El túmulo aparecía conducido, tirando por cordones un grupo de ángeles en todo iguales á los que tras la cruz del Calvario caminaban transportando los atributos de la Pasion segun se ha descrito. De la urna pendian cordones de oro y seda negra cuyos borlones iban cogidos por señores sacerdotes revestidos de ricas albas y bandas de negro terciopelo. Custodiaban el santo sepulcro gastadores de Artillería, caminando detrás una comision de señores sacerdotes hermanos de la Orden en su traje usual, y otros hermanos, presidida por el P. Visitador. La música militar del regimiento de Artillería con una compañía del mismo cuerpo escoltaban el santo cadáver, alumbrándole desde la avanzada de caballería, ó principio de la procesion que se perdía de vista, dos largas filas de hachas de los que acompañaban al Santo Entierro; mas esta iluminacion y acompañamiento se seguía detrás del sepulcro, por largo trecho, hasta donde venia la Madre del Redentor y todavía tras ella hasta la presidencia del duelo; por manera que figuraba éste un nuevo y segundo cuerpo de procesion.

Dentro de él se observaban á intervalos tres parejas de hermosos niños vestidos de nazarenos con sus túnicas de terciopelo morado que portaban en bandejas de plata los instrumentos de la Pasion como los clavos, corona de espinas y el cáliz de la sangre. A cada lado de estas parejas iban dos caballeros en representacion de la prensa y de las distintas clases de la poblacion arrastrando negros pendones imperiales, cuatro de ellos nuevos. Seguía entre ciriales la cruz conventual de la Tercera Orden, llevados estos objetos por subdiácono y acólitos con media casulla y dalmáticas negras y luego detrás el nuevo guion negro con franjas de plata de valor, costeado en el presente año por el pueblo y regaladas las preciosas franjas por el caballero Sr. D. Andrés Castro Pasarin, hermano de la Orden. El guion era llevado por el condecorado caballero Sr. D. Laureano Muñoz, no como diputado provincial que es, ni elevado funcionario que ha sido, sinó como estimado vecino de la Coruña. Le acompañaban dos señores consejeros.

La Santísima Virgen era traída inmediatamente despues en andas sobre hombros de sacerdotes y tras

ella venia la música de capilla de la colegiata con trajes de coro.

Mas atrás, bajo palio de terciopelo negro y fleco de oro, costeadado tambien por el pueblo de la Coruña en este año, venia la Sagrada Espina de la corona del Redentor, inestimable reliquia que pertenecié á la iglesia de franciscanos de esta ciudad, depositada actualmente en Santa Bárbara.

Conducíala el preste, Señor párroco de Santa María, acompañado de diácono y subdiácono que eran los párrocos de S. Jorge y Santiago, todos con los adecuados ornamentos de luto.

Luego aparecia la civil presidencia de la procesion ocupada por el Excmo. Sr. Gobernador civil, acompañado de los señores Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento y Administrador de Rentas de la provincia y dos Regidores, yendo inmediata la guardia municipal. Seguía la música militar de Aragon, terminando con otra compañía de Artillería que finalmente escoltaba la procesion y el duelo.

Aunque faltaron las cruces parroquiales, que en la Coruña se ven en el entierro de cualquier persona, para la cual son buscadas; y aunque se notó así mismo que la escolta militar no fué sinó de dos compañías contra lo acostumbrado en años anteriores, en lo demás el Santo Entierro ha tenido toda la dignidad y lucimiento que en lo posible correspondia á la augustísima memoria del funeral del Pontífice de pontífices, Emperador de emperadores, República de repúblicas.

Y lo más señalado que se advirtió fué que la espontánea y libre voluntad condujo á los individuos á formar con luces en este acto religioso, significativa expresion del pueblo, así como lo es la suscricion que cubrió para todos los gastos de iglesia, procesion y adquisiciones que con la mejor buena fe y gran desprendimiento viene realizando, pues otros fondos no cuenta la Orden para el esplendor que alcanza en el día la religiosa ceremonia del Santo Entierro.

Las calles por donde sucesivamente pasó fueron la de San Francisco, Tinajas, Santo Domingo, Bárbaras, Herrerías, Amargura, Veduría, Damas, Plazuela de los Angeles, Puerta Real, Derribo, Franja, Barrera, Estrecha de San Andrés, Espoz y Mina, Santa Catalina, Canton de Portier, Acevedo, Luchana, Derribo, Puerta Real, Santiago, Tabernas, Parrote, Plaza de la Constitucion, Principe, Santo Domingo, Tinajas y San Francisco á la Tercera Orden. Fué tan ordenada, pausada y magestuosa que cerró la noche á la mitad de la carrera de esta solemnísimá procesion. Mucho nos detendriamos si uno por uno fuésemos á expresar los tiernos afectos que en el co-

razon excitaba la presencia del cuadro que un grande pueblo ofrecia acompañando con tal magnificencia y veneracion al sepulcro á su divino Redentor y Maestro. Él habrá recibido en la altura de los cielos el suspiro del contrito corazón, como las suaves notas que las músicas exhalaban en esta melancólica, pero consoladora tarde.

A la recogida de la procesion, predicó en la misma Tercera Orden el sermón de la Soledad el franciscano Fr. Mateo Alonso y en aquella hora predicaba tambien al mismo asunto en la iglesia de San Nicolás el canónigo de Santa María D. Clemente Martínez, profeso de la Orden franciscana. No hay dolor como el de la Virgen Santísima. Hasta no le es permitido llorar sobre el sepulcro de su amado, pues queda en la guarda y poder de sus verdugos.

La procesion de la Soledad se verificó en seguida saliendo de la Tercera Orden por las calles de la ciudad propiamente dicha, alumbrada únicamente por devotas señoras en dos prolongadas filas llevando ante la Virgen hermosísimas niñas vestidas de blanco, coronadas de rosas de igual color y cubiertas por velos de crespon negro, sosteniendo cirios encendidos en las manos; marchando toda la corte con la mayor compostura, recogimiento y silencio, de que procede el antiquísimo nombre *d'os Caladriños* que se da á esta inmemorial procesion, silencio sólo interrumpido por el sonido acompasado y sordo de los tambores en la marcha militar de la escolta y, por intervalos, el de los acentos de la música lúgubre de capilla. Esta procesion que debe tener su origen en el duelo y acompañamiento que debieron hacer á la Madre del Redentor las Marías y piadosas hijas de Jerusalem y de Galilea descendiendo del Gólgota despues de depositado el cadáver de Jesus en el sepulcro, causaba en la noche del Viérnes Santo de este año una sensacion más aflictiva y desconsoladora que nunca, pues la procesion caminando por las calles paso á paso como de costumbre seméjante al verdadero duelo de la Virgen, se la veía marchar sola, sin espectadores casi, pues la multitud habia desaparecido al rebato de las campanas de S. Nicolás y S. Jorge con motivo del incendio de la casa número 57 de la calle de Acevedo devorando las llamas toda la parte alta del edificio, sin terminar el fuego hasta media noche. Las señoras asistentes con alumbrado á la procesion, de terminada, ofrendaron el resto de los cirios, á la Virgen Nuestra Señora y Madre.

VII.

El Sábado Santo y hora de diez de la mañana se

celebró la gloriosa *Resurreccion* del Señor, triunfante ya de la muerte y de sus enemigos, en Santa María y parroquiales iglesias en medio del repique general de campanas y estruendo de los cañonazos de la plaza. En la Tercera Orden hubo á la noche plática por D. José María Tassa, y Meditaciones de los siete dolores, cantándose el *Stabat Mater* y concluyendo, con la letanía dolorosa de la Virgen.

El *domingo de Pascua*, despues de la madrugada se celebró en Santo Domingo la aparicion del Señor á su amantísima Madre, saliendo la procesion hasta la Plaza de la Harina quedando el Señor manifesto y habiendo á la tarde los ejercicios de costumbre.

El *lunes de Pascua* se cantó la misa mayor á toda orquesta en la colegiata, predicando el sermón el Sr. canónigo magistral y oficiando de preste el Sr. Abad de la misma.

Aunque todo lo que se ha hecho en la Coruña en estas solemnidades no era más que el deber de un pueblo culto y católico, no por eso deja de ser á nuestros ojos digno de la mayor alabanza, lo mismo que las corporaciones y autoridades, que han tenido la direccion, fomento y proteccion de las funciones religiosas. No podemos ménos de aplaudir y rendir un voto de gracias á este generoso pueblo que tanto se presta para toda buena accion y particularmente á los hermanos de la Orden Tercera que con su celo, inteligencia y actividad han sabido imprimir el mayor realce á la solemnidad del Santo Entierro, procesion la más señalada y memorable que en la Semana Santa se ha visto en la Coruña siendo á la vez en la asistencia de alumbrado la más popular, por cuanto ninguna clase determinada fué la que preponderó en ella.

Suponemos que en todos los pueblos de Galicia se habrán celebrado como aquí las funciones de Semana Santa con todo el esplendor posible y con aquel respeto que siempre se acostumbró en esta tierra clásica de los sentimientos religiosos.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

A LA MEMORIA

DEL EXCMO. SEÑOR D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Pastor Diaz, ese astro que poco ha resplandecía en el horizonte de España, se ha eclipsado volando á lo alto del cielo á la presencia del Señor á la una ménos diez minutos de la madrugada del 22 de Marzo último. El dolor que sentimos por una pérdida tan lamentable para la nacion y en particular para Galicia, embarga nuestras palabras. Sólo sabemos sentir en estos momen-

tos de afliccion y amargura. No quisiéramos dejar de expresar aquí siquiera algunos de los altos merecimientos del ilustre finado. Pero nosotros no podemos. Los que no han nacido en Galicia, se hallarán con talento y fuerzas bastantes para cubrir el sagrado deber que á nosotros nos veda, á más de nuestra insuficiencia, el estado de nuestra alma.

Nosotros, como individuos de la galiciana familia, en estos desgarradores instantes, no podemos coger flores, ni ménos ir á llevarlas y esparcirlas sobre la tumba de nuestro Pastor Diaz, sólo podemos sollozar en lo más íntimo del hogar doméstico, y dar allí rienda suelta á las lágrimas de nuestro corazon.

¡Su tumba! Ni el consuelo de visitarla tendremos en otro dia. La sacramental de San Lorenzo de Madrid, nos la arrebató desde la tarde del 23 de Marzo. En Galicia no hay panteon ni aún para sus hombres más eminentes.

Sirena del Norte, Mariposa negra, Poesías, Escritos de Pastor, espíritu de aquella alma noble y tiernísima, son las prendas únicas que nos será dado poseer y abrazar contra nuestro corazon.

Hé ahí tambien nuestro único consuelo

La gloria del Señor rodee tu alma. El amor que á tu madre tuviste, unido al que profesabas á toda virtud y mérito, te haga vivir por siempre en la tierra prometida. Descienda el consuelo de ese mismo Señor á tu affligida madre y hermanas y la luz de su bondad toque á los poderes de la nacion, para que no sea más penosa todavía la desgracia de tan interesantes huérfanas.

Se atribuye al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon, el siguiente escrito que publicó en Marzo, el periódico *La Epoca*, á la memoria del hombre que acaba de perder España y lamentará siempre Galicia.

A la una ménos diez minutos de la madrugada de ayer falleció en esta corte el Excmo. Sr. D. Nicomedes Pastor Diaz, á la edad de cincuenta y un años, de una hipertrofia del corazon.

Su cadáver ha sido trasladado esta tarde á la última morada, seguido de un numerosísimo acompañamiento, en que se veian todas las personas conocidas de Madrid, que tributaban este piadoso homenaje y daban un adios de eterna despedida á uno de los más ilustres, valerosos é infatigables adalides de nuestra regeneracion política y literaria.

El que habia sido tres veces ministro de la Corona, dos veces ministro plenipotenciario en el extranjero, consejero de Estado, rector de la Universidad central, secretario del Banco de Isabel II, jefe político é intendente de varias provincias, once veces di-

putado, subsecretario de la Gobernacion; el que habia desempeñado otros muchos destinos y cargos de importancia; el que era senador del reino, magistrado honorario, académico de la lengua y de ciencias morales y políticas y adornaba su pecho con cinco grandes cruces nacionales y extranjeras, aquel hombre que desde la prensa, desde la tribuna, desde el poder y desde la oposicion ha influido tanto en los destinos de España, ha muerto pobre, como siempre vivió, pero dejando á su familia paterna, de que no se ha separado nunca, por herencia y patrimonio un nombre sin mancha, una honra á toda prueba, y el recuerdo de su valor cívico inquebrantable y de una consecuencia política no desmentida jamás... bienes todos que podrán ser hoy más ó ménos peregrinos, pero cuyo inestimable precio se reconocetodavía por fortuna en nuestra patria.

Así lo demuestran las pruebas de admiracion y amor que ha recibido Pastor Diaz en su enfermedad y en su muerte de parte de todos los personajes políticos, así amigos como adversarios, de la prensa periódica; del clero; del mundo literario; de la grandeza; de la milicia; de las clases populares; del cuerpo diplomático extranjero; de toda la sociedad, en fin, empezando, como acontece siempre que se trata de un sentimiento verdaderamente nacional, por nuestra noble y generosa soberana, que á todas horas se enteraba del estado del ilustre enfermo, le enviaba su primer médico de cámara, y le ofrecia, y á su afligida familia, todo género de consuelos y la seguridad de su agradecimiento á los grandes servicios de tan insigne súbdito.

¡Dios haya recogido el alma del que tan grata y alta memoria deja sobre la tierra! El nombre de Pastor Diaz va asociado á la revolucion política y literaria de España, punto por punto. Redactor del primer periódico político que apareció en la aurora de la libertad; amigo y compañero desde los veinte años, de Espronceda, Villalta, Ros de Olano, Donoso Cortés, Ríos Rosas, Pacheco, Gonzalez Bravo, Ventura de la Vega, Roca de Togores, Nuñez de Arenas y de toda aquella brillante pléyade de poetas, oradores, y publicistas, influyó como el que más en la época llamada romántica, en los días de esplendor del antiguo Liceo, dias memorables, de que los jóvenes de esta edad positiva hemos oido hablar siempre con envidia y admiracion. Pastor Diaz presentó á Zorrilla á los aplausos del público, la tarde del entierro de Larra; fué para él más que un amigo, un padre; coleccionó y publicó sus primeras poesias á las que puso un prólogo en el que predecia todo lo que habia de ser el autor de *A buen juez, mejor testigo*, y á su lado y en su casa escribió éste muchas de sus más populares obras.

Las glorias de Pastor Diaz en la prensa y en la tribuna son innumerables. Nosotros citaremos al acaso sus *poesías*, impregnadas de una infinita ternura elegiaca; sus artículos en *El Siglo*, en *El Sol*, en *El Conservador* y en *La Patria*; su patética y conmovedora *Biografía del general Leon*, que tan honda impresion produjo en toda la Península; sus campañas parlamentarias contra la *Reforma de la constitucion de 1857* y sobre los *Régios* enlaces; su profundo y

galano libro *A la corte y á los partidos*, que nunca perderá su interés y su oportunidad; sus lecciones en el Ateneo, acerca del *Socialismo*, que esperamos ver pronto impresas y que bastarian á la gloria de un estadista; su novela *De Villahermosa á la China*, que lleva el sello de la triste dolencia que ha conducido á Pastor Diaz al sepulcro, donde hay un mundo de poesía, de pensamiento y moral cristiana, á vuelta de las amarguras y agitaciones de una turbulenta vida; sus discursos en el Senado sobre las *Cuestiones de Méjico y de Italia*; su obra inédita, de que ha dado algunos fragmentos *La Época*, acerca del *Pontificado*, etc.

El último ministerio de Pastor Diaz, que ha precedido poco más de un mes á su muerte; aquel ministerio de tres semanas de un hombre ya moribundo, ha sido la última y más brillante llamarada de su vida. En él se compendian y lucen todas las grandes cualidades de su carácter, de su inteligencia y de su inspiracion. Diríase que abandonó su lecho deagonía para resumir su vida ántes de terminarla, ó que viéndose morir, quiso emplear sus últimos alientos en beneficio de la patria. Todos los partidos han hecho justicia á la noble energía con que aquel hombre, tan débil en apariencia, tomaba posesion del banco ministerial, á que le llevaban altos deberes políticos, diciéndole con arrogancia al Parlamento *Yo estoy aquí porque te he hecho la oposicion*. En esta ocasion, y á los pocos dias en el Senado, hácese aplaudir una vez más como orador inspirado y vehemente; y por último, corona su corta gobernacion y su larga y admirable vida con aquel acto severo, digno, elogiado por amigos y adversarios, de abandonar el ministerio sin vacilacion alguna, ni excitacion aiena en el primer momento en que lo cree incompatible con la integridad de su honra y de su consecuencia política.

Este es el último hecho público de la vida que hemos juzgado rápidamente, sin perjuicio de escribirla con detencion en presencia de los datos que nos faltan. Los pocos dias que se han seguido hasta su muerte, pertenecen á Dios, á quien ha ofrecido humildemente el homenaje de los más horribles padecimientos; ¡de veinte y ocho dias de insomnio y de dolor!... pertenecen á su venerable y anciana madre, que en el espacio de cuatro meses ha perdido dos amantísimos hijos; pertenecen, en fin, á sus cariñosas y sollicitas hermanas, cuyos cuidados han endulzado tanto los últimos momentos del grande hombre.

Pastor Diaz fué siempre amigo de la juventud, su maestro, su bienhechor. El que escribe estos desaliñados renglones que las lágrimas no le permiten leer, se puede llamar hijo suyo, por el afecto, por los beneficios, por la felicidad que le ha debido. ¡Seale lícito tributarle aquí el testimonio de su gratitud y de su pena; como toda la redaccion de *la Época* y toda la nacion le tributan alabanzas y oraciones!

Editor responsable,

D. FRANCISCO DE LA IGLESIA.

CORUÑA.—IMPRESA DEL HOSPICIO:

á cargo de D. Mariano Marcos y Sancho.